

# Asumo el Testamento y Otros Poemas

Salustiano Masó

Antes de sucumbir  
definitivamente  
aplastado  
por la gloriosa Historia  
—loado sea el Señor—  
aprendida de párvulo  
y sufrida en los huesos,  
ya viejos,  
antes quiero  
reivindicar a ciertos  
peninsulares  
de sana ejecutoria  
por más que se ensañaran  
contra ellos  
la sogá y el tizón  
—loado sea el Señor—  
y Sus Mercedes  
sufrieran vilipendio,  
picotas y galeras,  
azotes y mazmorras.  
Nada más digno, empero,  
que aquellos compatriotas,  
hermanos nuestros  
en el escarnio,  
contra tanto haragán  
de corte y de cabildo,  
duques, validos, alcahuetes  
de alto copete  
y demás archipámpanos  
con bulas y encomiendas.  
Nada más digno, digo, que Ginés  
de Pasamonte, por  
poner un ejemplo,  
y los guzmanes de alfarache,

los monipondios, las rameras  
y los hijos dignísimos de las rameras  
gente sin duda con vergüenza,  
al lado  
de tanto fraile opíparo  
—loado sea el Señor—  
y saqueo de Indias  
por parte de aquel hampa  
de espada y cruz en pecho,  
y la muy mala uva  
importada de Austria.  
Antes de sucumbir  
definitivamente  
bajo el largo epitafio  
de más de cuatro siglos,  
vaya mi loa de peninsular  
lúcido y condenable  
(carne de vil garrote)  
hereje y pícaro  
a conciencia,  
vaya mi loa, digo,  
a mis antecesores en la infamia,  
brujas y celestinas,  
tahures, birladores, lazarillos  
en su sabiduría del engaño  
(¿qué iban a hacer  
ante el glorioso ejemplo?)  
herencia que recojo  
en este año de gracia  
—loado sea el Señor—  
y asumo el testamento,  
pobre párvulo  
con los huesos ya viejos, aplastado  
por tantos y tan torvos escoriales.

I

A muchos les inquieta mi manera de andar  
desentendido de mi sombra  
en el camino.

Hay quien dice secretamente misas  
llenas de líneas rectas  
y huesos amarillos  
(¿misas por quién?)

Hay quien me nombra huésped de un ámbito sin cúpula  
(ni providencia que me valga)

El Estado remueve sus registros  
y genealogías

(me abro paso

a través de una atmósfera hedionda  
y turbia de decretos)

Mi manera de andar: mujer y hombre,  
niño y anciano,  
numeroso y desvalido,  
como un resplandeciente cero a la izquierda,  
en perpetuo saludo de mí mismo  
y de todo el que pueda pedirme fuego  
(me lo pida o no)

Mi manera de andar inclinado al abismo,  
dado a importunos carnavales,  
lúbricas escrituras,  
¡ávido del sustento natural!

El rumbo me fascina  
(en realidad no hay rumbo)  
Gaviotas y palomas  
andan conmigo, picotean  
dulcemente mi muerte.

Pero ante todo y aunque no lo quiera  
un pueblo me acompaña

—soy su brújula

desesperada y fabulosa:  
mutuamente nos hemos elegido  
y mal que bien andamos a la par.

## II

Las mañanas, cuando todo pretende ponerse de nuevo  
en orden tras el tumulto mágico de la noche,  
cuando aún tenemos algún dedo cogido entre los goznes  
sangrientos de la pesadilla  
y los ejércitos de Venus acampanan todavía en zonas  
bienaventuradas  
donde ya la razón y la vergüenza pugnan por aposentarse,  
oh las mañanas,  
esas mañanas de sabor trascendido, incapaces el desayuno  
y la brisa de restauración convincente,  
esas mañanas sin cauce  
que son en sí lo mismo que una misa o un retorno a las  
selvas del Origen:  
horas de trueque y confusión con experiencias inaprensibles por ningún  
lenguaje,  
con sugerencias de desenlaces extraños y posibilidades  
a cuerpo desnudo:  
¡cuán despreciable parece entonces el orden que se busca!  
(el arraigo civil, las versiones canónicas de lo Sagrado)  
Hasta que Venus retrocede y la Mujer de la Limpieza  
sacude el polvo último del sueño  
y ocupan sus asientos con dosel y desagüe los funcionarios  
Las mañanas, ay, las mañanas  
en cuyas aduanas tanto de lo que somos y tenemos día tras  
día nos dejamos.

### III

Sería necio si pretendiera detener el mar, prestarle origen,  
atribuirle trascendencia o finalidad  
Por eso avanzo y retrocedo lunarmente con sus mareas  
desentendido de las hadas y sus maquinaciones  
Construyó grandes navíos en mis astilleros de bruma y sueño:  
barcos inútiles para el capricho de las olas  
El mar me los levanta al cielo en sus columpios de algas,  
las desmenuza como su infante cruel  
En lejanos acantilados solitarios aparecen luego tablas  
y cordajes con marcas dactilares de mi locura  
Pero yo no pretendo impedir nada y me resigno a ir por el  
mundo revestido de conchas rotas y tatuajes indescifrables  
Hay quien critica estas cosas con manifiesta desmesura  
Y no poca ignorancia de lo real—esencial que es el ser—sin—obeto  
Ese tipo inefable  
Así mis nupcias insensatas con las arenas hábiles  
de todos los litorales perdidas  
O mi deambular por el hilo irrompible del deseo  
Sería necio si pretendiera detener la espuma en su fulguración,  
la saeta en su vuelo  
Detener al escualo en su ágape, al átomo de uranio  
en su expansión más funesta  
Detener el alud en la cumbre o la palabra fatua entre los dientes  
Detener el azar implacable en la atroz lotería de los  
astros  
Sería necio si pretendiera detenerme a mí mismo  
Por eso aguardo al sol toda oportunidad de beber o besar  
o subir los peldaños de la embriaguez más alta  
Aves procreadas por la tormenta juntan su sombra con mi  
sombra  
Una vasta legión de diminutos animales extraños me comen  
lentamente por los pies  
Todo esto me ocurre de sueños para adentro  
Y también, claro está, de sueños para afuera  
En un reino sin conmemoraciones  
Donde mi existencia es una burbuja  
Sería necio si pretendiera que fuese todo de otra  
manera